

contactos



Septiembre 2016 | N° 361

MES DE LA BIBLIA

EN EL MES DE LA PATRIA



Boletín del Instituto Pastoral Apóstol Santiago (INPAS)

Director Ejecutivo
P, Javier Barros B.

Edición y diseño
Mariana Galaz V.

Dirección
Moneda 1845,
Santiago de Chile

Teléfono
+56 2 2530 71 70



INPAS
Instituto Pastoral Apóstol Santiago

www.inpas.cl

Imagen de portada: Iglesia de Santiago

Contenidos

Editorial.....	3
Algunas lecciones de la Madre Teresa.....	6
#EsSoloUnJuego.....	8
Jubileo de los Catequistas.....	10
Una invitación a la lectura.....	11
La Sagrada Escritura en la Catequesis.....	12
Nuevo Plan de Formación de Catequesis.....	14
Una promesa que se expande.....	16
La dulce y confortadora alegría de evangelizar.....	20

Celebrar la Palabra

Editorial

Qué importante es el lugar que ocupa la lectura de la palabra de Dios en la vida de un cristiano. Nadie lo duda. En este plano, es un consuelo verificar en la vida de las parroquias y comunidades, cómo se ha avanzado tanto en la familiaridad con la Palabra de Dios, ya sea como elemento fundamental en las reuniones de las comunidades, o también en la oración personal, como la lectio divina.

Ahora bien, no hay como la liturgia para experimentar a fondo toda la riqueza de la Palabra de Dios. Porque ésta consiste fundamentalmente en descubrir el rostro vivo de Cristo. Y esto no solo en los Evangelios, sino en toda la Sagrada Escritura, también en el Antiguo Testamento. Cuando la Palabra se celebra –y eso es lo que hace la liturgia– ella se ve desplegada en todo su esplendor y emerge la figura de Aquel que es la Palabra. Así se entienden las palabras del Concilio: «[Cristo] está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla»¹.

El teólogo Ratzinger enseña: «Nada acontece si está ausente aquel a quien todos esperan»². ¿Espera a alguien la asamblea? Si en la comunidad no se espera a nadie, creo que –salvo una excepcional gracia– nada podrá acontecer. ¿A quién debe esperar la comunidad? A Cristo. Y la liturgia de la Palabra nos trae precisamente la presencia de Cristo. Ese Cristo que es el Verbo y que quiere acampar entre nosotros, pues siempre anda buscando morada. Ese Cristo vivo es el que nosotros queremos experimentar presente. Queremos que Aquel que nos ama esté en nosotros; y nosotros en Aquel que amamos.

Este deseo de la asamblea que se reúne para celebrar los misterios no es un anhelo vacío. Su pretensión se desprende del conocido relato de los discípulos de Emaús. Esta narración es un bellissimo eco de la celebración litúrgica de la primera comunidad cristiana³. Allí se nos dice: «Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, [el Resucitado] les explicó lo que había sobre Él en todas las

Escrituras (Lc 24,27).

«Lo que había sobre Él en todas las Escrituras» es lo que la liturgia quiere y puede hacer presente con su riquísimo repertorio de recursos: gestos, posturas, miradas, cantos y aclamaciones, ministros lectores, diáconos, etc. La liturgia es –como se señaló en el Sínodo sobre la Palabra de Dios– el lugar privilegiado de la palabra de Dios⁴. Allí desprende sus luces más brillantes.



FOTO: IGLESIA DE SANTIAGO

¹ CONC. VAT. II., *Sacrosanctum concilium* 7.

² J. RATZINGER, *Un canto nuevo para el Señor* (Salamanca 1999) 137.

³ S. GARCÍA, *Evangelio de Lucas* (Urdúliz 2012) 678.

⁴ BENEDICTO XVI *Verbum Domini*, 52.



FOTO: IGLESIA DE SANTIAGO

Para comprender esto hay que recordar algo fundamental: en la Biblia coexisten varios niveles de lectura. El sabio Orígenes de Alejandría consagró una división tripartita y los padres después de él la continuaron. Según él, existe una lectura literal, otra lectura alegórica, y otra lectura moral (o espiritual) de la Biblia. San Gregorio Magno lo ejemplifica de esta manera: así como una obra en construcción tiene tres partes, a saber, los cimientos, la arquitectura propiamente tal, y la decoración, así en la lectura de la Biblia nos podemos dirigir a tres niveles diferentes.

El primero es el nivel de los cimientos, es decir, leemos para comprender la literalidad del texto (exégesis). El segundo nivel es el de la arquitectura, y consiste en leer hasta descubrir el sentido más pleno que tiene el texto, a saber, lo que hay de Cristo en toda la Biblia. Y finalmente, tenemos el

tercer nivel, la pintura u otros accesorios de la casa, que nos permite comprender lo que debemos hacer y cómo debemos vivir. Es la lectura moral o espiritual⁵.

El nivel más relevante para la liturgia es el segundo, pues allí vemos el *sensus plenior*, es decir, el sentido más pleno que esconde la lectura, que es la lectura cristológica. Esa lectura

nos permite ver cómo emerge Cristo en toda la Biblia, cómo está el Nuevo latente, escondido, en el Antiguo Testamento y cómo el Antiguo está patente en el Nuevo⁶.

Este intento por descubrir a Cristo en toda la Biblia está presente desde el principio de la historia cristiana, precisamente en el contexto de la celebración litúrgica. Los primeros cristianos, leyendo el relato del siervo sufriente que escribe Isaías, reconocieron la fisonomía de Cristo. Y aprendieron sobre Cristo leyendo el Antiguo Testamento. «Varón de dolores», decía el profeta; «Cristo», pensaba la primera comunidad.

Y lo hicieron así también leyendo los salmos. En el libro de los Hechos de los apóstoles hay un ejemplo estupendo. Leemos que Pedro y Juan fueron llevados a prisión después de predicar y convertir a

⁵ Como señala H. Henne, Gregorio Magno: «Aplica la regla de los tres niveles de explicación: sentido literal, alegórico y moral. Para justificarlo, utiliza la comparación de una obra en construcción. Los cimientos vienen asegurados por el primer sentido, el sentido típico proporciona la arquitectura del alma, mientras que la decoración o la pintura vienen asegurados por el sentido moral. Los libros I y II, por ejemplo, vuelven hasta tres veces a la explicación de los mismos versículos, de acuerdo con ese triple nivel de interpretación. El autor anota explícitamente el siguiente pasaje: “No dudamos del valor histórico del relato, pero vemos cómo, a través de la interpretación alegórica, alcanza su plenitud” (Morales, I, 15), y “al haber entendido en el sentido literal lo que nos hace falta admirar, habiendo tomado conocimiento, en el segundo, de lo que es necesario creer, consideramos ahora, en el cuerpo, la conducta que debemos tener”» (Ibíd., § 33). Cf. Ph. HENNE, Gregorio Magno (Madrid 2007) 70.

⁶ SAN AGUSTÍN, *Cuestiones sobre el Heptateuco* 2,73 (PL 34,623): «*Novum in vetere latet et in novo vetus patet*».³

5.000 personas. Cuando fueron puestos en libertad, regresaron y aquí está la reflexión de la comunidad:

“Una vez en libertad, los Apóstoles regresaron adonde estaban sus hermanos, y les contaron todo lo que les habían dicho los sumos sacerdotes y los ancianos. Al oírlos, todos levantaron la voz y oraron a Dios unánimemente: «Señor, tú hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos; tú, por medio del Espíritu Santo, pusiste estas palabras en labios de nuestro padre David, tu servidor: ¿A qué esta agitación de las naciones, estos vanos proyectos de los pueblos? Porque realmente se aliaron en esta ciudad Herodes y Poncio Pilato con las naciones paganas y los pueblos de Israel, contra tu santo servidor Jesús, a quien tú has ungido»” (Hch 4,23-27).

Los hermanos, cuando se han puesto a orar a Dios unánimemente, han recordado un texto de David. Se refieren a los primeros versículos del salmo segundo (Sal 2,1-2): «¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos hacen vanos proyectos? Los reyes de la tierra se rebelaron y los príncipes se aliaron contra el Señor y contra su Ungido». Pero estos cristianos aplican las palabras de David que se referían a las naciones y a los pueblos, a Herodes y Pilato, que se pusieron en contra de Jesús. David es estricto sentido no estaba hablando de Jesús. Pero los discípulos piensan que sí. Ven a Cristo en la Escritura. ¡Es el *sensus plenior*, el sentido pleno!

San Pablo hace lo mismo. A la comunidad de Corinto les recuerda un hecho de la historia de Israel que había sucedido muchísimos

años antes que ellos. Y dice así:

«No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar; y todos fueron bautizados en Moisés, por la nube y el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo» (1Co 10,1-4).

Hablando de un hecho ya para el apóstol, remotísimo, datado hoy por los historiadores hacia el año 1250 a. C., san Pablo dice que esa roca que habían encontrado los judíos en tiempos de Moisés era Cristo. Su mirada lo llevaba a encontrar a Cristo en aquel lejano hecho. Lo vio velado, en misterio. Descubrió su sentido pleno, Cristo.

San Agustín, que era un gran amante de la liturgia, lo era por esto: quería ver a Cristo en los antiguos textos de la Biblia. Y enseñaba:

«Cuando oímos un salmo, escrito antes de venir el Señor en nuestra carne, todo nuestro interés se centra en ver allí a Cristo, en entender allí a Cristo. Diríjense, pues conmigo a indagar ese salmo y busquemos en él a Cristo, pues sin duda se mostrará a los que le buscan el que se manifestó a los que no le buscaban, y no abandonará a los que le desean, el que redimió a quienes se desprecupaban de Él»⁷.

Así, la celebración litúrgica va a hacer posible tener delante la «epifanía acústica» de Cristo. Y como otro gran papa liturgista decía, vamos a experimentar «que las palabras divinas crecen con quien las lee»⁸.

P. JAVIER BARROS B.
DIRECTOR EJECUTIVO
INSTITUTO PASTORAL APÓSTOL SANTIAGO

⁷ SAN AGUSTÍN, *Enarrationes in psalmos*, 98,1.5

⁸ SAN GREGORIO MAGNO, *Hom. sobre Ezequiel*, 1,7,8 (CCL 142,87).

Algunas lecciones de la Madre Teresa

Boris Carreño D.



FOTO: WIKIMEDIACOMMONS

El cinco de septiembre de 1997, hace 19 años, murió en la India Agnes Gonxha Bojaxhiu, más conocida como Madre Teresa de Calcuta. Su figura, que se agranda cada vez más con el paso del tiempo, nos plantea algunos desafíos que quisiera enumerar y que nos pueden servir para revisar nuestro ser católico.

La Madre Teresa fue, en primer lugar y ante todo, una mujer que hizo de su vida un constante seguimiento de la voluntad de Dios. Ella recibió una comunicación especial de Jesucristo que la animó a entregarse al servicio de los más pobres. Y esto es muy importante de destacar, porque la Madre Teresa escuchó la voz de Dios más de una

vez, pero la mayor parte de su vida fue de una sequedad espiritual terrible. En su juventud sintió que Dios la llamaba, pero esa comunicación con Dios luego desapareció, llevándola incluso a plantearse dudas sobre la existencia misma de Dios.

Este aspecto de la vida de la Madre Teresa nos puede servir como contrapunto de la vida de muchos cristianos hoy. ¿Cuántos de nosotros hemos vivido momentos de mucha intensidad espiritual, que nos hacen sentir la presencia de Dios en cada cosa que vivimos? ¿Cuántos de esos momentos nos han animado a tomar decisiones importantes? Ser catequista –por ejemplo– muchas veces es una decisión que se toma en un tremendo ánimo de cooperar con la labor de la evangelización, porque sentimos que Dios nos ha llamado. Pero lo interesante es que muchas veces ese fuego espiritual no nos dura siempre. ¿Cuántas veces sentimos que Dios nos ha “dejado”, que nos ha pedido

algo y que luego no nos “ayuda”? En ese momento muchos abandonan su misión: “Ya no es lo que Dios me pide”. Incluso algunos abandonan su vocación. Cuando esto ocurre, es interesante volver la mirada a la experiencia de Madre Teresa.

“Sentir a Dios”, podría ser el gran requisito que muchos cristianos católicos ponemos a la hora de entregarnos a la labor evangelizadora sea en la catequesis, en la ayuda social o en cualquier compromiso. ¿Y qué pasa cuando por algún motivo dejamos de sentir a Dios? La Madre Teresa nos ofreció una respuesta: seguir adelante. Si ella hubiese necesitado “sentir” que Dios le hablaba permanentemente, quizás no

hubiese hecho nada de lo que hizo. Ella sintió que Dios le habló en un momento, sintió que Dios desde la cruz le dijo “tengo sed” y le mandaba a ir y hacerse una luz de esperanza para los más pobres. Y con eso bastó para toda una vida de entrega y trabajo sin descanso para hacer la voluntad de Dios, de ese Dios que gran parte de su vida “se le escondió” y que no volvió a sentir. La Madre Teresa no necesitaba una ebullición espiritual para ser fiel, era fiel a su misión porque en un momento de su vida llegó al convencimiento que era eso lo que Dios quería de ella, y sabía que en eso se jugaba la felicidad.

¿Qué puede significar esto para nosotros? En una cultura en que todo es desechable, en que solamente tomo lo que me sirve y mientras me sirve, en que incluso las relaciones familiares muchas veces se establecen en esta dinámica de lo “desechable”, el ejemplo de la Madre Teresa cobra más relevancia que nunca. Nos anima a perseverar, a no cosificar a Dios, y a no establecer una relación desechable con Él. “Voy a Misa porque me va bien”, “soy catequista porque se me da”, “me casé porque lo amaba pero ya no lo amo como antes así que me separo”... todas estas frases son el anti-ejemplo de lo que la vida de la Madre Teresa nos enseñó.

Otra característica de la Madre Teresa fue la gran exigencia que se planteó en su vida a la hora de hacer la voluntad de Dios. Ella fundó una gran obra: “Las Misioneras de la Caridad”. He tenido el privilegio de conocer a algunas de estas religiosas, y debo decir que la vida que llevan no es fácil, y solo puede ser vivida por quienes tienen en alta estima su vocación, incluso pasando por muchas dificultades. Horas intensas de oración, adoración diaria al Santísimo Sacramento, Misa cotidiana, Rosario a la Virgen todos los días, son solo algunos de los compromisos que estas religiosas asumen y que fueron establecidos por la Madre Teresa para todas quienes

se entregaran a Dios como misioneras de la caridad. Usted con mucha razón puede conocer muchas religiosas que también asumen estos compromisos, y gracias a Dios hay muchas mujeres maravillosas que lo hacen, pero las misioneras de la caridad suman a esto un servicio físico de asistencia a los más pobres, enfermos, ancianos, etc. que conmueve hasta las entrañas. Sirven a la caridad porque antes han servido en la oración. Como decía un sacerdote del que no recuerdo el nombre: “se ensucian las manos porque antes se han ensuciado las rodillas”.

Finalmente quisiera destacar un último aspecto de la Madre Teresa que nos puede ayudar. Cuando sintió que Dios la llamaba, fue tan consciente de sus propias limitaciones que le preguntó al Señor: “¿Por qué yo, si soy la más pequeña y limitada de todas mis hermanas?”. Qué importante para todos los que servimos en la Iglesia en tantos ministerios ser conscientes de esto. Estamos aquí porque Dios nos ha llamado, y porque Él se complace en elegir lo limitado. Que no nos invada la soberbia, ni el orgullo ni la vanidad; si fuésemos los mejores, tal vez estaríamos en otro lugar. Alejemos de nosotros al mal catequista o al mal consagrado, que por ser un servidor se quiere hacer un gran señor. Y ante todo estemos atentos a que la soberbia no se haga espacio en nuestro corazón. ¿Por qué Dios me ha pedido a mí que haga tal o cual servicio en la Iglesia? ¿Por qué si a mí me cuesta hablar en público o no entiendo mucho de teología? La respuesta que Dios nos ofrece es la misma que le dio a la Madre Teresa hace casi setenta años: “Precisamente por ser el más pequeño entre todos tus hermanos”.

Pidamos a Dios que nos ayude a hacer nuestras algunas de las virtudes de la Madre Teresa, quien pronto será canonizada. Estoy seguro de que si fuéramos un poco más como ella, este mundo sería un mejor lugar.

#EsSoloUnJuego

Karina Ramos Z.



FOTO: WIKIMEDIACOMMONS

Los juegos Olímpicos de Rio terminaron, y junto a ellos semanas en que fuimos testigos de una de las fiestas del deporte con más tradición en el mundo; la Villa Olímpica se transforma en un lugar de encuentro, donde las diferencias culturales parecen desaparecer bajo el manto del compañerismo y la sana competencia. Esta experiencia, de la que somos observadores, nos deja una pregunta fundamental: ¿Es posible convivir con la diferencia?

Nuestro país poco a poco se va transformando en un lugar de oportunidades; el número de migrantes podría llegar a un millón en aproximadamente ocho años –cifra que nos pone entre los países sudamericanos con mayor población migrante–, y la migración sur-sur (es decir, aquella que se da dentro de los países de Latinoamérica) va diversificando nuestros territorios. La presencia de peruanos, colombianos, dominicanos y últimamente la fuerte presencia de migrantes haitianos, nos obliga a preguntarnos acerca de la relación que mantenemos con quienes representan

no solo en su cultura, sino también en sus cuerpos y en sus lenguas, la diferencia.

En el deporte, particularmente en el fútbol, una disciplina que a causa del éxito que hemos logrado a nivel competitivo ha crecido en adhesión dentro de nuestro país, el racismo tiene presencia desde hace mucho tiempo, basta hacer un poco de memoria para recordar un particular incidente que tuvo lugar en el fútbol europeo en el año 2015, cuando los hinchas del Feyenoord lanzaron un plátano a la cancha para burlarse de uno de los jugadores del equipo contrario (la Roma italiana), que era origen marfileño. Si bien hoy la FIFA estipula en sus artículos la prohibición de discriminación por origen étnico, sexo, lenguaje, religión, política o cualquier otra razón, ¿cómo nos hacemos cargo de la discriminación que se vive fuera de la cancha?

Quien ha tenido la fortuna de ir al estadio conoce bien dos cosas: la emoción de ver a tu equipo ganar, y los cánticos que la barra grita para alentar. En la mayor parte

de los casos la manera de hinchar a tu equipo pasa por resaltar y ridiculizar al rival: “Madres”, “Monjas”, “Indio” son parte de la jerga del hincha nacional. Cuando el rival es un extranjero, la cosa no mejora: hacemos la ola con particular intención cuando el rival es Boliviano, si es Peruano siempre podemos invitarlos a comer palomas y si en la cancha hay algún jugador de color pasa a ser “el negro”, “el mono”.

Nos acostumbramos tanto a oírlo que ya no nos llama la atención, lo repetimos tantas veces que ya no nos suena como insulto: ¡Son cosas de fútbol! Sin embargo, el lenguaje se nos queda pegado y volvemos a utilizarlo una y otra vez: en el metro cuando el migrante haitiano se pone por delante, en el centro cuando los migrantes peruanos nos salen al paso, en el barrio cuando los migrantes colombianos empiezan a instalarse, en la consulta médica cuando notamos que nuestro doctor es cubano.

La invitación es a reflexionar acerca de nuestro día a día. ¿Cómo nos relacionamos con aquellos y aquellas que son distintos a nosotros? ¿Cuánto recordamos que aquel que tenemos en frente es nuestro hermano y hermana? En nuestra arquidiócesis tenemos

cada vez más territorios con presencia de colectivos migrantes, a nuestras parroquias llegan cada vez más familias migrantes a celebrar su fe; reconocer, respetar y valorar la diferencia es un desafío que nos implica a todos.

Durante la misión territorial reconocimos estos rostros. Hoy la invitación es a vincularnos con ellos, dejar la desconfianza y celebrar la diferencia de color, de religión, de pensamiento, actuar con misericordia, y terminar con el racismo y la xenofobia, no solo para propiciar una buena convivencia sino también para construir el Reino de Dios.

En tiempos en que celebramos a la Patria, un primer paso para terminar con la violencia y la xenofobia –que impiden relacionarnos de igual a igual con aquellos que están asentándose en nuestro país en búsqueda de mejores oportunidades para el desarrollo de sus vidas–, lo daremos al reconocer la riqueza presente en la diferencia, y el crecimiento para la vida de un pueblo que implica la presencia de nuevas ópticas culturales que nos empujen a construir una sociedad que se encuentra, se valora y reconoce como un igual sin importar el origen ni el color de la piel.



FOTO: WIKIMEDIACOMMONS

Jubileo de los Catequistas

P. Jorge Barros B.

Para el mes de septiembre del Año de la Misericordia, el Santo Padre ha convocado a todos los catequistas del mundo a celebrar su jubileo. Lo hace en continuidad con los jubileos de la curia romana, los devotos de la espiritualidad de la divina misericordia, los adolescentes, los diáconos, sacerdotes, enfermos y discapacitados, de los jóvenes, voluntarios y operarios de la misericordia, el jubileo mariano y los reclusos. Del 23 al 25 de septiembre, bajo el lema “Enseñar al que no sabe”, todos los catequistas repartidos en los cinco continentes tendremos la posibilidad de experimentar a fondo el significado de un tiempo de Gracia ofrecido a la Iglesia Universal.

El programa en la ciudad de Roma es muy atractivo:

Contempla catequesis por grupos lingüísticos sobre la pintura de Caravaggio “La Vocación de San Mateo”. También habrá adoración Eucarística, el sacramento de la reconciliación, peregrinación hacia la Puerta Santa, la posibilidad de realizar el recorrido “Tras las huellas de los santos y beatos catequistas”, vísperas y testimonios en la Basílica de San Pablo Extramuros, y para concluir la Santa Misa con el Santo Padre en la Plaza de San Pedro.

Para los catequistas de Santiago, reemplazando el tradicional Encuentro anual estamos preparando una hermosa celebración jubilar de tantos hombres y mujeres que destinan parte importante de su tiempo para formarse y entregar la enseñanza de la fe a generaciones de cristianos que desean conocerla, o bien profundizarla. El programa contempla un gran momento formativo por zonas pastorales que se realizará en los templos clásicos del centro de Santiago, la peregrinación a la Catedral, el encuentro orante que se iniciará con la acogida de nuestro pastor, quien nos invitará a atravesar la Puerta Santa, y una posterior celebración festiva. Durante la liturgia, también se podrá acceder al sacramento de la reconciliación para obtener la indulgencia plenaria.

En este contexto parece importante preguntarse: ¿Por qué el Santo Padre ha querido celebrar un jubileo con nosotros?



FOTO: LA VOCACIÓN DE SAN MATEO (CARAVAGGIO)

Si lo pensamos bien, la Iglesia existe para evangelizar, y la misericordia de Dios es siempre el “contenido” de la evangelización. La misericordia es la revelación de Dios para nosotros, es la buena nueva que la Iglesia proclama a la sociedad siglo tras siglo.

La catequesis, dentro del proceso evangelizador, tiene como una de sus grandes misiones rescatar de la ignorancia a tantos hermanos nuestros que por diferentes razones no tuvieron la posibilidad de acceder a una educación o formación religiosa en la familia, o un centro educativo. En ese sentido, el papel de nuestras parroquias y diversas instituciones eclesiales es insustituible. Esta realidad, por lo demás, es transversal a clases sociales o culturales en mayor o menor forma. Esa acción de rescate de la ignorancia de la fe que realiza

el catequista tiene una transcendencia difícil de medir para este mundo y más aún para la vida eterna. En ese rescate hay un doble movimiento. Por una parte, lo salva de la imposibilidad de acceder a la verdad revelada por Jesucristo con todas las consecuencias que eso trae consigo, y por otra le abre un mundo de posibilidades que surgen en una persona cuando se encuentra y experimenta el encuentro con el Hijo de Dios hecho hombre.

Queridos educadores de la fe, siéntanse felices de poder celebrar nuestro Jubileo en compañía de nuestro Pastor que tanto aprecia su servicio en la Iglesia de Santiago. Él nos acogerá, rezará por nosotros y nos entregará un hermoso mensaje que nos ayude a profundizar la importante relación entre catequesis y misericordia.

Una invitación a la lectura

P. Federico Ponzoni

Si me preguntaran quién es mi héroe, cuál es la persona que considero un modelo a seguir, un ícono en el cual inspirarse, debería contestar con el nombre de una persona desconocida por el común de la gente, un nombre que inspira respeto y reverencia sólo en círculos de intelectuales excéntricos. El nombre es el de Aldo Manuzio. Es evidentemente una elección rara, extraña, un poco loca... El hecho es que tengo un amor intenso y profundo por los libros, y Aldo ha hecho por los libros lo que Steve Jobs ha hecho con la tecnología digital. Antes de Steve Jobs los computadores eran máquinas feas y pesadas, difíciles de utilizar y muy poco amigables para el usuario. Los menos jóvenes entre los lectores se acordarán de las pantallas negras, en las cuales aparecían el incomprensible y amenazante símbolo c:\>... qué abismo en comparación a la

pantalla coloreada y atractiva de nuestros iPhones y iPad. Steve Jobs ha llevado al mundo de la tecnología digital un toque de belleza, de elegancia, de atractivo, que ha hecho de ella una cosa a la cual no se puede renunciar, no sólo por utilidad, sino también por moda

Aldo hizo lo mismo con los libros, en particular con los clásicos de la literatura griega y latina. Desde su imprenta en Venecia, entre 1490 y 1515 salieron preciosas y bien cuidadas ediciones de un sinnúmero de autores de la literatura griega. En su imprenta se desarrollaron innovaciones decisivas entre las cuales estuvo la introducción de los caracteres cursivos, que permitieron imprimir libros en formato “bolsillo”. Gracias a él, los clásicos griegos se volvieron no sólo legibles por un vasto público, sino un fenómeno de moda.

Es gracias a él, que ayer pude estar junto a Helena y a Príamo de pie en los muros de Troya contemplando a los guerreros griegos y compartir su maravilla y su horror por la guerra, y poder dar a Helena el rostro que yo me imaginara, y no él de la última actriz de Hollywood. Es gracias a él que pude sentir la nostalgia de Odiseo por su patria lejana. Gracias a él pude visitar la Tierra Media, tomar té con Frodo Baggins, y decidir embarcarme en una loca aventura que me habría llevado hasta la laderas del Monte del Destino. Los libros y las miles de maravillosas experiencias que la lectura de ellos provoca han llegado hasta mí por

personas que han dedicado su vida a su publicación, difusión y embellecimiento, personas como Aldo.

Por si no se había entendido, este escrito que tienen a mano no es otra cosa que una invitación a la lectura: haber estado en la Comarca junto a los hobbits, haber contemplado el Muro junto a Jon Snow, haber ido a cazar ballenas junto con el capitán Ahab han sido unas experiencias que me han regalado algo precioso: saber más quien soy yo, es decir, un hombre que desea algo más grande que él, algo infinito, es decir: Dios.

La Sagrada Escritura en la Catequesis

Jonathan Salgado C.

La Iglesia desde siempre ha venerado las Sagradas Escrituras, considerándolas, junto con la Sagrada Tradición, como regla suprema de su fe. Esto es debido a que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la Palabra de Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles. Es necesario que toda la vida eclesial se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella, porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la Palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual.¹

Es necesario, pues, que todos (...) los catequistas que se dedican legítimamente al ministerio de la palabra, se sumerjan en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente, para que ninguno de ellos

resulte “predicador vacío y superfluo de la palabra de Dios que no la escucha en su interior”, puesto que debe comunicar a los fieles que se le han confiado, sobre todo en la Sagrada Liturgia, las inmensas riquezas de la palabra divina.²

Un momento importante de la animación pastoral de la Iglesia en el que se puede redescubrir adecuadamente el puesto central de la Palabra de Dios, es la catequesis, que, en sus diversas formas y fases, ha de acompañar siempre al Pueblo de Dios. El encuentro de los discípulos de Emaús con Jesús, descrito por el evangelista Lucas (cf. Lc 24,13-35), representa en cierto sentido el modelo de una catequesis en cuyo centro está la explicación de las Escrituras, que solo Cristo es capaz de dar (cf. Lc 24,27-28), mostrando en Sí mismo su cumplimiento. De este modo, renace la esperanza más fuerte que cualquier fracaso, y hace de aquellos discípulos testigos convencidos y creíbles del Resucitado.

¹ Cf., DV 21.

² DV 25.



FOTO: IGLESIA DE SANTIAGO

La catequesis ha de estar totalmente impregnada por el pensamiento, el espíritu y las actitudes bíblicas y evangélicas, a través de un contacto asiduo con los mismos textos; es necesario recordar también que la catequesis será tanto más rica y eficaz cuanto más lea los textos con la inteligencia y el corazón de la Iglesia. Se ha de fomentar, pues, el conocimiento de las figuras, de los hechos y las expresiones fundamentales del texto sagrado; para ello, puede ayudar también una inteligente memorización de algunos pasajes bíblicos particularmente elocuentes de los misterios cristianos.

La actividad catequética comporta un acercamiento a las Escrituras en la fe y en la Tradición de la Iglesia, de modo que se perciban esas palabras como vivas, al igual que Cristo está vivo hoy donde dos o tres se

reúnen en Su Nombre (cf. Mt 18,20). Además, debe comunicar de manera vital la Historia de la Salvación y los contenidos de la fe de la Iglesia, para que todo fiel reconozca que también su existencia personal pertenece a esta misma historia.

En esta perspectiva, es importante subrayar la relación entre la Sagrada Escritura y el Catecismo de la Iglesia Católica, como dice el Directorio general para la catequesis: La Sagrada Escritura, como “Palabra de Dios escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo” y el Catecismo de la Iglesia Católica, como expresión relevante actual de la Tradición viva de la Iglesia y norma segura para la enseñanza de la fe, están llamados, cada uno a su modo y según su específica autoridad, a fecundar la catequesis en la Iglesia contemporánea.³



³ Cf., VD 74.

Nuevo Plan de Formación de Catequistas

Celmira de la Parra

Uno de los significados de la palabra renovación que encontramos en los diccionarios es, “reanudación de la fuerza o intensidad de algo”.

No cabe la menor duda de que si se aplica esta definición al nuevo Plan de Formación es porque el anterior —conocido como “Programa de Formación de Catequistas”, que data del año 1995 y elaborado por la Comisión Nacional de Catequesis de la Conferencia Episcopal, encabezada por su entonces Director, P. Mario Borello Gillardi sdb—, logró guiar y orientar vitalmente la formación de muchísimos catequistas en su propio proceso de madurez cristiana, y en la habilitación para acompañar y educar a sus hermanos en la fe. La vigencia de 20 años deja de manifiesto la fuerza que lo sostiene, transformándolo en la base del actual que busca renovar esa fuerza e intensidad.

En todos los ámbitos de nuestra sociedad hay concordancia en que asistimos a un

cambio de época tan intenso y profundo, que los obispos latinoamericanos en la Conferencia de Aparecida señalaron la necesidad de una conversión pastoral, de modo “que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera” (DA370).

Esta conversión pastoral deja a la catequesis en Chile ante la necesidad de un nuevo vuelco hacia Jesús, porque solo así podrá responder a lo indicado en Aparecida.

La introducción del nuevo Plan de Formación describe así los signos que evidencian la radical transformación de este mundo en que los catequistas estamos llamados a formar discípulos y misioneros del Señor:

“La catequesis en Chile hoy debe formar discípulos misioneros en un mundo que manifiesta con diversos signos su radical transformación: Internet y las redes sociales, debilitamiento de la comunicación familiar, manipulación genética, neurociencias, migraciones, protestas sociales, indiferencia religiosa y agnosticismo en medio de múltiples búsquedas de lo sagrado, escasez de líderes sociales y políticos animados por el Evangelio que hagan atrayente y operativa la doctrina social de la Iglesia, exigencias de la ecología y de la



Foto: INPAS

¹ Cfr. FORMACIÓN DE CATEQUISTAS Programa por competencias. Serie EDUCACIÓN DE LA FE N°6 pág. 4

*búsqueda de calidad de vida. Eso y otras cosas más reconfiguran la percepción que las personas tienen del mundo y de lo religioso en particular. Además, la Iglesia enfrenta la crisis por escándalos de abusos sexuales por eclesiásticos, reduciendo la confianza social y la adhesión hacia ella, aun cuando se multiplican las iniciativas silenciosas de valor místico y profético”.*¹

Como una lógica inquietud, y también como un deseo de responder a este inmenso desafío, la Comisión Nacional de Catequesis se pregunta acerca del personal catequístico con que la Iglesia chilena cuenta en estos días, y si la formación que posee estará en sintonía con los objetivos que se nos presentan. Estas inquietudes encuentran su origen en el deseo de que la formación se actualice, pero que también genere, en los catequistas, las competencias necesarias para formar adecuadamente a las personas que les son confiadas para este efecto.

*El Programa de Formación de Catequistas de 1995 proponía cuatro ámbitos formativos (antropológico – cultural; bíblico – doctrinal; catequístico – pastoral; y espiritual) siendo este esquema un gran aporte para la época, hoy día se requiere que los esfuerzos formativos sean más sistemáticos y animados por el interés por buscar evidencias de que la enseñanza realizada fue eficaz y el aprendizaje un fruto real.*²

En este sentido, parece relevante proponer una formación por competencias, tan propio de los actuales diseños curriculares en diversos campos educativos. ¿En qué consiste la formación por competencias?

Las competencias son saberes aplicados en contextos reales de desempeño, por lo tanto suponen indicadores claros que determinan si “se es competente o no”. Aplicado a la catequesis, se espera que los itinerarios formativos que surjan de esta propuesta, logren generar un cambio real en el desempeño concreto de los catequistas que les permita integrar sus conocimientos, destrezas y actitudes; que distinga la formación específica de un catequista de otros agentes evangelizadores, etc.

Aunque resulta inquietante la afirmación acerca de si se es competente o no, no es menos cierto que también nos pone en la perspectiva de un llamado urgente a renovarnos para anunciar el mensaje de salvación que se nos ha confiado con tanta esperanza.

Al concluir, vaya un agradecido reconocimiento al aporte que hicieron tantos catequistas a través de sus respectivas comisiones diocesanas para dar vida a este nuevo Itinerario Formativo, pues se manifiesta como signo visible del compromiso inconmensurable de generosidad y fidelidad a la vocación recibida.



² Cfr. FORMACIÓN DE CATEQUISTAS *Programa por competencias. Serie EDUCACIÓN DE LA FE N°6* pág. 5

Una promesa que se expande

Análisis narrativo de Gn 21, 1-21 en el contexto del Mes de la Patria

Catalina Cerda P.

Es ya unánime entre los estudiosos de los textos sagrados, la afirmación de que el libro del Génesis en su conjunto es un relato religioso del Pueblo de Israel, toda vez que su intención no es narrar hechos desde una perspectiva histórica —en el sentido actual del término—, sino más bien presentar la reflexión que el pueblo de Israel ha hecho de sí mismo y de la acción de Dios en él a lo largo de su historia.

Ahora bien, dentro del libro del Génesis, destaca el denominado “Ciclo de Abraham (Gn 12–25)”, que presenta ciertas particularidades interesantes de notar y analizar. Me refiero concretamente a la promesa hecha a Abraham, tanto de descendencia como de posesión de la tierra. En este artículo, nos detendremos en la experiencia de promesa de descendencia y el cumplimiento de ella a lo largo del Ciclo, y particularmente en lo ocurrido a través de Agar, la esclava Egipcia de Sara. En dicha historia, la promesa adquiere un cariz expansivo interesante de visualizar en un mes que dedicamos a celebrar la patria.

Abraham: un personaje “abierto”

Desde una perspectiva histórico genética, estudiosos del Ciclo hoy afirman que éste apunta a colaborar en la construcción de la identidad social de Israel en época persa¹, y que los textos del Ciclo fueron escritos o terminaron de ser redactados en dicho tiempo, luego de la dominación

babilónica sufrida por el pueblo israelí, acontecimiento que marca su historia y las relecturas que se hacen de tradiciones orales anteriores. En dicha época, autores como Esdras y Nehemías, entre otros, desarrollaron interpretaciones nacionalistas que, al parecer, intentan ser criticados en textos como Gn 20 y 21. De acuerdo a esta perspectiva, la tradición judeo-cristiana habría “estrechado” a Abraham, haciéndolo padre de un grupo (judíos) y reduciendo su carácter propiamente universal y pluriétnico.

Como contraparte, el texto del Ciclo en su conjunto más bien mostraría que los pueblos paganos tienen el respeto de Dios². A ello, yo sumaría que no sólo cuentan con el respeto, sino que incluso con la bendición de Dios, y con su promesa de descendencia. Así, el sentido narrativo de este Ciclo sería mostrar dicho carácter universal de Abraham, y de la promesa en él acontecida, un personaje ambiguamente abierto, donde la semilla de la descendencia se esparce por diversos lugares (Abraham es, de hecho, un personaje más bien nómada) y la descendencia se abre a través de múltiples actores³.

El Ciclo comienza con la salida de Abraham desde la casa paterna, situación o contexto en el cual se inserta la promesa de tierra y de descendencia (Gn 11). A partir de allí, la historia de Abraham y su familia estará fuertemente marcada por el movimiento, por la estadía y la salida, la posesión y el desarraigo. Con todo, dentro del Ciclo pareciera que la salida no es un final, algo comienza con ella; con la separación, ésta

¹ Cf. Van Treek, Mike. 2014. «Sara contra Esdras. Una lectura crítica en el canon bíblico del segundo Templo». Ponencia presentada en el Quinto Coloquio Latinoamericano de Literatura y Teología, 30 de septiembre-2 octubre.

² Cf. Van Treek, Mike, «Imaginaris de extranjería en el ciclo de Abraham y Sara». Revista Electrónica de Educación Religiosa, Vol. 4, N°2 (2014): 3-6.

³ Cfr. Van Treek, «Imaginaris de extranjería en el ciclo de Abraham y Sara», 3.

se transforma en oportunidad⁴.

Unido estrechamente a lo anterior, una segunda clave general de lectura para el episodio, hemos dicho que es la promesa (Gn 12, 1-3; 16, 10; 17, 1-2; 17, 16; 18, 9; 21, 18), una promesa de descendencia abundante que se relaciona, muchas veces, con la promesa de la tierra (Gn. 13, 14-17; 15, 1-6). Con todo, es interesante notar cómo a lo largo de gran parte del Ciclo (al menos hasta Gn. 21, pero incluso hasta Gn. 22, donde Isaac es puesto ante la muerte), el lector es inserto en una incertidumbre respecto de su cumplimiento.

De hecho, Sara que es, en un comienzo, la única vía posible de realización de la promesa (dado que es la esposa de Abraham), aparece inicialmente solo para decirse de ella que es estéril (Gn. 11, 30) y, luego, en la estadía en Egipto donde Abraham la presenta como su hermana y es tomada como mujer por el faraón (Gn. 12). Es decir, el relato nos la presenta como un camino de descendencia paradójicamente imposible.

Consciente de su infertilidad⁵, en Gn. 16 la misma Sara toma a su esclava Egipcia, Agar, y la entrega a Abraham como mujer: “«Anda, te pido, hacia mi criada, tal vez pueda construirme por ella»” (Gn. 16, 2). El verbo “construir”, en el contexto de la Biblia hebrea, puede ser comprendido también en relación a la generación de la familia o la dinastía. Así, Sara está enfocada en ella, en cumplir el rol que le ha sido asignado pero que no ha podido realizar, hasta ahora. Sara necesita “construirse”, es decir, asegurar la descendencia a través de la cual ella podrá confirmar su identidad y su estatus⁶.

Asombrosamente, un año después y en una perfecta cronología del texto, en Gn. 21 se relata la concepción de Isaac, por acción de Dios, y su nacimiento:



FOTO: ABRAHAM, SARA Y AGAR (GRABADO)

“¹Así, Adonay había visitado a Sara como había dicho e hizo para Sara según había hablado. ²Y Sara concibió y trajo al mundo para Abraham un hijo para su ancianidad para el plazo que le había hablado. ³Y llamó Abraham el nombre de su hijo nacido para él, que trajo al mundo para él Sara, Yitshaq. ⁴Y Abraham circuncidó a Yitshaq su hijo, hijo de ocho días, como le había mandado a él Elohim. ⁵ Abraham tenía cien años cuando nació para él Yitshaq su hijo. ⁶Y dijo Sara: «Reír me ha hecho Elohim; todos los que escuchen reirán para mí». ⁷Y dijo: «¿Quién habría dicho que Sara amamantaría hijos para Abraham ¡Sí, traje al mundo un hijo para su vejez!»” (Gn. 21, 1 – 7).

Por fin ha nacido la prometida descendencia a través de Sara, quien enfatiza su posesión sobre la bendición y el niño. El relato resalta una y otra vez su rol dentro de la escena: “Adonay había visitado a Sara como había

⁴ Cf. Van Treek, «Imaginario de extranjería en el ciclo de Abraham y Sara», 7; Van Treek, 2014.

⁵ Cfr. Claassens, Juliana. 2013. «Just emotions: Reading the Sarah and Hagar narrative (Genesis 16, 21) through the lens of human dignity». *Verbum et Ecclesia*, 34(2): 2.

⁶ Cf. Okoye, James, «Sarah and Hagar: Genesis 16 and 21». *Journal for the Study of the Old Testament*, Vol. 32.2 (2007): 167; Claassens 2013: 3.

dicho e hizo para Sara según había hablado” (Gn. 21, 1); “Y dijo Sara: «Reír me ha hecho Elohim; todos los que escuchen reirán para mí»” (Gn. 21, 6); “Y dijo: «¡Quién habría dicho que Sara amamantaría hijos para Abraham! ¡Sí, traje al mundo un hijo para su vejez»” (Gn. 21, 7). Se retoma así, la necesidad de Sara de construirse a sí misma a través de la descendencia, necesidad que, a diferencia de Gn. 16, esta vez ella ha podido llevar a cabo por sí misma.

Probablemente unido a lo anterior, en los siguientes versículos se desencadena la molestia de Sara y su indicación de que Agar y su hijo Ismael sean expulsados:

“⁸Y creció el niño, se destetó. E hizo Abraham una gran fiesta el día que fue destetado Yitshaq. ⁹Y vió Sara al hijo de Hagar la egipcia que había engendrado para Abraham, sonriente. ¹⁰Y ella dijo a Abraham: «expulsa a esta sierva y su hijo, porque no heredará el hijo de esta sierva con mi hijo, con Yitshaq” (Gn. 21, 8-10).

La molestia de Sara es provocada al ver que Ismael juega con su hijo, Isaac,

“sonriente”. La palabra utilizada tiene una importante significación: proviene del verbo de cuya raíz se construye el nombre de Isaac. Literalmente, puede ser comprendido como que Ismael estaba riendo o bien, simplemente, que estaba jugando. Pero la utilización narrativa de dicha palabra en el contexto del relato, por la similitud con el nombre de Isaac, sugiere que la verdadera molestia de Sara es que Ismael estaba “Isaaqueando”, es decir, “haciendo las veces de Isaac”.

Es posible que Sara se sienta, una vez más, amenazada, ahora por el hijo de su criada, quien puede poner en riesgo el rol de su hijo Isaac, en la descendencia. Y de paso, ponerla en riesgo a ella dentro del proceso de la promesa y la bendición familiar⁷. De hecho, la razón entregada por ella a Abraham es clara: “«expulsa a esta sierva y su hijo, porque no heredará el hijo de esta sierva con mi hijo, con Yitshaq»” (Gn. 21, 10). Es decir, Sara quiere asegurar que la descendencia de Abraham se construya únicamente a través de ella. Cabe hacer notar la forma en que a lo largo del relato, se nombra a

ambos personajes: a Agar como “la egipcia” y “esta sierva”. Se enfatiza su extranjería, la no pertenencia a la familia. Algunos autores ven en esta expresión una utilización narrativa de ambos personajes para definir con claridad los límites entre Israel y sus vecinos más significativos⁸.

A la luz de lo anterior, es aún más interesante la intervención que a partir del versículo 17, hace

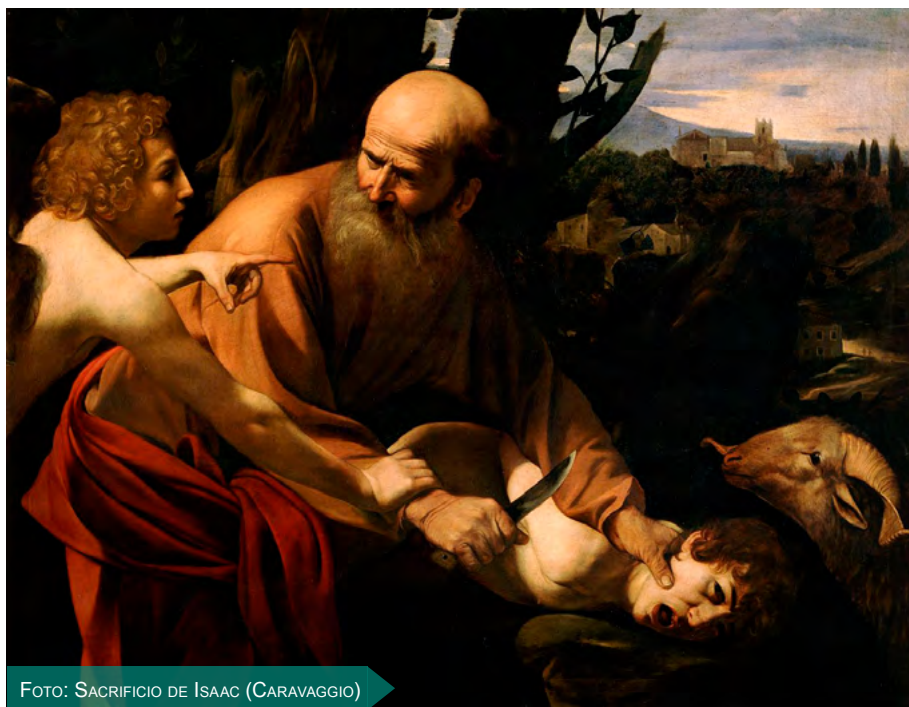


FOTO: SACRIFICIO DE ISAAC (CARAVAGGIO)

⁷ Cf. Okoye, «Sarah and Hagar: Genesis 16 and 21», 170-171; Claus Westerman, Genesis (Minneapolis: Fortress Press, 1994), 339.

⁸ Cfr. Claassens 2013: 3.

⁹ Cf. Westermann, Genesis..., 341.

Elohim en la escena:

“¹⁷Escuchó Elohim la voz del muchacho y llamó el mensajero de Dios a Hagar desde los cielos y le dijo: «¿Qué (hay) para ti, Hagar? No temas porque Elohim ha escuchado la voz del muchacho en el lugar donde él está. ¹⁸Levántate y levanta al muchacho y has firme su mano en él, porque lo pondré como un gran pueblo». ¹⁹Y abrió Elohim los ojos y ella vio un pozo de agua. Ella caminó y llenó un odre de agua e hizo beber al muchacho”

(Gn. 21, 17-19).

Sin revocar la decisión de Sara, la transforma y da a la salida el sentido de un envío más que de una expulsión. De hecho, el envío finalmente obrado por Abraham toma más bien la forma de una bendición⁹, diciendo: “«Pero también con el hijo de la sirvienta estableceré de él una nación pues semilla tuya (es) él»” (Gn. 21, 13). El texto, a través de Elohim, reafirma la estatura de Ismael y la paternidad de Abraham respecto de él, negada anteriormente por Sara. Así, se confirma lo que durante los capítulos anteriores se venía insinuando: **la descendencia a través de Ismael no ha sido un sustituto momentáneo de la promesa, sino que es también expresión de ella.**

La conclusión del relato es notable en ese sentido: es el mismo Elohim quien interviene para que Ismael no muera en el desierto. La aparición divina genera agua en medio de éste: aquello que parecía morir reaparece. Simbólicamente se reafirma que la acción de Dios confirma la vida de Ismael y la promesa en él acontecida. Finalmente, se relata que Ismael se queda viviendo en zonas desérticas y que tomará por mujer, con la ayuda de su madre, Agar, a una egipcia. Es decir, el relato termina

confirmando la vida y la descendencia de Ismael, gracias a la acción y bendición de Dios, y al rol mediador de su madre, Agar, quien ha sido, en todo el relato, mediadora también de la promesa. La bendición de Dios no se “limita” a la alianza establecida con Israel¹⁰, tiene horizontes mucho más amplios, que incluye incluso a extranjeros y esclavos. La promesa, a través de Ismael, se expande mucho más allá de Israel.

Celebrar la identidad sin exclusión

En un mes dedicado a celebrar la patria y en el que, al menos en nuestro país, ello está tan íntimamente relacionado a figuras religiosas como la Virgen del Carmen, patrona de Chile, es importante recordar la universalidad y pluralismo étnico y cultural que caracteriza al amor de Dios y su alianza –a través de la promesa– para con Su pueblo. El ciclo de Abraham nos ha ayudado para ilustrar que, aunque Dios actúa a través de mediaciones particulares y concretas (personas, instituciones, ritos) –pues no puede ser de otro modo si se quiere relacionar con el ser humano– eso no significa que debemos caer en sectarismos o particularismos que no ayudan a la convivencia social. Por ello, celebrar la patria no significa desconocer el valor de otros, afirmar nuestra identidad religiosa no significa mirar como inferiores a quienes no creen o profesan otro credo. Israel comprendió, luego de una dura experiencia de exilio –es decir, de ser ellos mismos extranjeros– que el amor de Yahvé, su Dios, es para todos y actúa a través de todos, no sólo de los judíos. Así mismo, hoy como chilenos y como católicos, estamos llamados a celebrar nuestra identidad, pero sin olvidar que es el mismo y único Dios para todos y que nos ama a todos por igual, pues en Cristo todos hemos sido constituidos sus hijos amados.



¹⁰ Cf. Westermann, Genesis..., 343.

La dulce y confortadora alegría de evangelizar (I)

Hna. Martha Juárez

El bien siempre tiende a comunicarse.
(EG)

Con este artículo iniciamos el recorrido de la Exhortación Evangelii Gaudium.

Quisiera comenzar recordando el pasaje del Evangelio de Mateo, cuando dice, “El árbol bueno, da frutos buenos, por sus frutos los conocerán” (Mt 7,17.20). El Evangelio es concreto y sencillo, al mismo tiempo profundo. Nuestras acciones manifiestan quiénes somos, sin utilizar palabras. “Nada surge de la noche a la mañana”, dice un conocido refrán, los frutos de un árbol tampoco. Las acciones, las actitudes, muestran nuestro interior, que se cultiva a lo largo de nuestra vida. Si nos dejamos tocar por el Evangelio, por la Palabra Encarnada, no nos puede dejar igual.

El Papa Francisco, con su peculiar forma de abordar los contenidos nos dice:

“Toda experiencia auténtica de verdad y de belleza busca por sí misma su expansión, y cualquier persona que viva una profunda liberación adquiere mayor sensibilidad ante las necesidades de los demás”. (EG 9)

Considero que muchos de los malestares que aquejan a la humanidad, es debido a la coraza que se instala en el corazón, produciendo tristeza, depresión, soledad, ansia de tener el último modelo tecnológico, o el entretenimiento del momento, como el juego Pokémon Go, solo por mencionar al que está de moda. Estos elementos de la vida diaria, sin sentirlo, nos encaminan al nihilismo, al sinsentido de la vida, teniendo

graves consecuencias como el proceso lento y profundo de la falta de identidad, es decir, no sé sabe quien es, mucho menos hacia donde se va en la vida.

El hombre y la mujer del siglo XXI, en muchos de los casos, caminan en la vida sin rumbo, buscando aquello que provoca placer, sin importar el precio que se tenga que pagar, por una “felicidad” fugaz. No es posible mantener oculto aquello que se lleva en el corazón, se proyecta lo que se tiene en el interior. Esta realidad genera insatisfacciones permanentes, un día y otro día es lo mismo, y se vuelve presa de la rutina, sin novedades, y cuando se encuentra con alguna novedad, se rechaza por causar incomodidad, porque altera la “comodidad”, la manera de “sobrevivir” a la vida; es como vivir anestesiados frente a los demás, frente a las necesidades del otro y frente a las circunstancias de la vida. El corazón se endurece, se cierra, es atrapado en el dolor estéril del egoísmo.

Sin embargo, no está todo perdido, la gran noticia es que hay una llave que abre este corazón cerrado, hay un bálsamo que cura toda rutina y devuelve la identidad a quien la ha perdido. Esa llave es Jesús, Jesús de Nazaret, su persona, su proyecto, el Reino.

Nos lo dice una y otra vez el Papa Francisco:

“Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atraviere épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece”. (EG 11)

Cada uno de nosotros, catequistas, agentes pastorales, ministros ordenados,



FOTO: WIKIMEDIACOMMONS

consagrados, padres de familia, estamos llamados a ser parte del Reino, estamos llamados acrecentar la vida, entregarla día a día. Cuando se da el paso al servicio generoso, pronto y más aun alegre, la vida se goza y se transforma, y nuestro entorno cambia, la vida se proyecta en una Pascua permanente. Se produce el paso de la muerte a la vida, con el toque personal limpio y profundo que da seguir a Jesús,

Un paso más en la tarea de la Evangelización: **la ESCUCHA DEL ESPÍRITU.**

Solos, con la propia voluntad, por muy fuerte que sea, no podemos ni cambiar de vida, ni cambiar de actitudes; con el Espíritu es posible, con su presencia y acción todo se transforma. Cuando la disposición del ser humano coincide con la del Espíritu, se produce el gran milagro de Dios.

Con esta disposición del ser humano,

y con la docilidad a la escucha permanente del Espíritu, nos volvemos sembradores, discípulos, catequistas, demos un SÍ sostenido al servicio del Reino, pasamos de una pastoral de conservación a una pastoral misionera. (cfr. EG 14).

Es el momento de preguntarnos, volviendo a la imagen del árbol y sus frutos:

- ¿Cómo es mi árbol? ¿Es frondoso? ¿Tiene follaje?
- Su raíces, ¿son solidas, son firmes?

Y lo más importante,

- ¿Tiene fruto? ¿Cómo son esos frutos?

Oremos con el Salmo 1

¡Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni en la senda de los pecadores se detiene, ni en el banco de los burlones se sienta, mas se complace en la ley de Yahveh, su ley susurra día y noche!

Es como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da a su tiempo el fruto, y jamás se amustia su follaje; todo lo que hace sale bien.

¡No así los impíos, no así! Que ellos son como paja que se lleva el viento.

Por eso, no resistirán en el Juicio los impíos, ni los pecadores en la comunidad de los justos. Porque Yahveh conoce el camino de los justos, pero el camino de los impíos se pierde. Amén.

“A un hombre se la conoce por sus acciones, una buena acción nunca se pierde, y el que siembra cortesía cosecha amistad, y el que planta bondad recoge amor”.

San Basilio.



INPAS

Instituto Pastoral Apóstol Santiago